

# Perspectiva histórica y cultural de la violencia familiar<sup>1</sup>

María Cristina Tenorio<sup>2</sup>

La humanidad no ha evolucionado genéticamente desde que el *homo sapiens sapiens* dominó la tierra, pero sí lo ha hecho históricamente. Es decir, que los grandes cambios que observamos entre sociedades de la prehistoria, de antaño y de ahora no son efecto de la evolución en los genes sino de cambios culturales, producidos por los humanos. Estos cambios, se refieren fundamentalmente al refinamiento progresivo de los artefactos culturales —base simbólica y material de toda cultura; y a su difusión ilimitada, gracias a la globalización.

Entre los artefactos culturales de una sociedad están sus costumbres, sus normas; los principios y valores en que estas se fundan; las pautas de comportamiento cotidiano que establecen cómo implementarlos; las creencias en que se basan, y las prácticas aceptadas y de uso general.

A medida que una sociedad se vuelve más grande y compleja, sus sistemas de control también se desarrollan. No es casual que sea en las sociedades que dieron nacimiento a las primeras ciudades —allí donde la gente se aglomera y vive en gran cercanía— donde encontramos los primeros códigos que intentan limitar la violencia. El código de Hammurabi (hacia 1750 a.C) ya establecía límites para algunos actos violentos.

En Mesopotamia el padre podía vender a sus hijos como esclavos para pagar deudas, pero el tiempo de sujeción estaba limitado a 3 años; sin embargo, el esposo no tenía en modo alguno derecho sobre la vida y muerte de su mujer, y le estaba prohibido repudiarla en caso de enfermedad grave. El hombre tenía derecho al

1 Secretaría de Salud Pública Municipal - Fundación FES. *Foro Municipal de violencia familiar frente al nuevo sistema penal acusatorio*. Cali nov. 21 del 2006.

2 He decidido incluir, como ampliación de mi argumentación, conceptos y análisis que he retomado de los informes de dos investigaciones sobre Maltrato intrafamiliar realizadas por nuestro grupo de investigación Cultura y Desarrollo Humano. He ampliado así mi conferencia oral, con la idea de que estos ideas aporten material de reflexión a quienes se interesen en la perspectiva que presento, y sobre la cual no he publicado. Las investigaciones mencionadas son: “Casos de maltrato infantil en las comisarías de familia 4a y 7a de Cali. Historias familiares de 11 casos y revisión de archivos”, elaborada para el Ministerio de Salud, en 1997. Un estudio de las investigaciones e intervenciones sobre los distintos tipos de violencia intrafamiliar –diferenciados según las víctimas Estado de la cuestión de investigaciones e intervenciones sobre Maltrato Intrafamiliar en Cali 1994-1999 hecha para ICBF, Regional, el año 2000.

repudio o al divorcio, pero la mujer también —sólo que ella debía dar prueba de su buena conducta y se sometía a una indagatoria.<sup>3</sup>

Curiosamente fue la civilización guerrera de Asiria la que posteriormente introdujo, en esta región del mundo, prácticas de una ferocidad inusitada en el ámbito familiar: “El esposo podía castigar a la esposa de manera brutal: podía golpearla, azotarla, tirarla de los cabellos, ‘lastimarla’ o ‘dañarla’ a su gusto. El apaleamiento no podía ser efectuado más que en presencia de un juez”.<sup>4</sup>

Se buscaba regular lo que Lipovetsky llama las violencias salvajes: aquellas en que los actos de violencia dan lugar a actos de venganza, y estos se reproducen, pues no hay una instancia tercera que medie.

El estudio de la Historia de las mentalidades y las sensibilidades nos muestra que los Estados y las Iglesias siempre han tratado de imponer códigos, normas, decretos o leyes, y castigos para limitar y refrenar las pasiones humanas. Los libros de Norbert Elias, *El Proceso de la Civilización*, y *La Sociedad cortesana*, son buenos ejemplos de cómo desde instancias de poder se impuso en la Europa occidental, a lo largo de los siglos, un freno a conductas que ya no eran bien vistas ni aceptadas. Elias muestra cómo desde espacios sociales como las cortes se fue imponiendo un estilo de conducta en el que la agresividad física se censuraba: en vez de andar cada quien armado y seguido de su ejército privado, se centralizaban las armas y mercenarios bajo el mando del Rey; en lugar del duelo de espadas, se hacían contiendas verbales de salón; a cambio de raptar y violar a la mujer se la debía seducir con palabras y encantos; no se debía dar expresión a las necesidades corporales en público, sino en privado y recatadamente, para no ofender la sensibilidad de los demás. Quienes vivieron esta exigencia de control de sí, pronto llevaron a sus familias tanto las nuevas costumbres como la exigencia de control, y la exigieron en sus hijos desde la infancia. Poco a poco lo que para los adultos era la aceptación de un control externo, para los niños sería la interiorización de ese control para que funcionara desde dentro; muchas de estas restricciones hacen parte de lo que Freud posteriormente llamaría superyó. Con el paso del tiempo, otras restricciones no fueron impuestas, sino sugeridas y aceptadas, permitiendo la sublimación de las pulsiones en lugar de su simple represión. Muchas más se dieron lugar a formaciones reactivas: pudor en lugar de exhibicionismo; repulsión en lugar de goce, etc. De todas maneras es evidente que si desde la infancia se empieza a sentir desagrado al ver a alguien defecar en público, también el desagrado y rechazo acompañará el presenciar actos que desde niño fueron censurados. Se trata efectivamente de un moldeamiento de la sensibilidad; de hacer sentir rechazo, horror, asco o fastidio por lo que antes era

3 Estos ejemplos son tomados de “De Sumer a Babilonia”, de Jean Jacques Glassner, en *Historia de la Familia*, tomo I, Dirigida por A. Burguière, C. Klapisch-Suber; M. Segalen, F. Zonabend. Alianza Editorial, Madrid, 1988. pág. 125.

4 Ibid.

aceptado sin remilgos.

A partir de la Modernidad, ya no son las Iglesias quienes acompañan al Estado en esta labor, sino las organizaciones y uniones civiles de carácter internacional —UNICEF, Fundaciones para la infancia, o para la defensa de los derechos de la mujer— las que, inspiradas en los moralistas, intentan modificar la sensibilidad.

Los moralistas de fines del siglo XVIII fueron muy eficaces en el moldeamiento de las sensibilidades familiares. Por ejemplo, Rousseau, escribió y prescribió cómo debía ser una “buena madre” —Sofía—, cómo debía entregarse por entero a su labor doméstica para criar los buenos hijos que la sociedad requería. Rousseau luchaba contra la costumbre muy extendida en Francia de entregar los hijos desde el nacimiento a una nodriza— muchas veces lejana —para que los criara, o de dejarlos en un orfanato. Él sabía de qué hablaba puesto que había dejado en uno de estos a sus siete hijos. Sus enseñanzas modelaron durante dos siglos el deber ser de la maternidad en Occidente, y no sólo establecieron las pautas, sino que impusieron los afectos adecuados que una madre debe sentir por sus hijos. Todas las angustias y sentimientos de culpa, que aún hoy en día corroen a las madres mientras trabajan por fuera del hogar, no son efecto del “instinto materno” que reclama sus derechos, sino de los discursos moralizantes que a partir de Rousseau impusieron a las mujeres lo que se ha llamado la “maternidad intensiva”.

Los sentimientos parentales son aprendidos, y el modelo que se siga para aprenderlos depende de la cultura vigente en la comunidad donde uno creció y se formó. Es decir, de lo que esa cultura considera adecuado como sentimientos y trato hacia los niños. Igual ocurre con los sentimientos que dominan en la relación de pareja, son culturales, por tanto aprendidos; y se aprenden en la casa, pero también en la televisión, los videos, con los pares. En esta conferencia me voy a centrar en el aspecto histórico de las relaciones llamadas de maltrato o violencia con los niños.

Por ejemplo, en nuestras comunidades estuvieron vigentes hasta muy recientemente principios educativos y pautas de corrección que hoy en día resultan contrarias a la sensibilidad que el Estado trata de imponer. Ustedes saben que las agencias internacionales como UNICEF no sólo dan fondos para programas a favor de la niñez, sino que exigen cambios comprobados, por ejemplo, cambios en las mediciones de la sensibilidad pública. Por ejemplo, el Comité de los Derechos del Niño, de las Naciones Unidas, produce informes sobre la situación de violencia contra los niños en el mundo, con base en los datos recogidos fija metas a los países —la puesta en práctica de sus recomendaciones— y controles sobre su cumplimiento.

El informe [que se entrega este otoño] establecerá un programa de acción, y el éxito de las medidas de seguimiento determinará el impacto del informe. Finalmente, quedará en manos de los Estados miembros la puesta en práctica de las recomendaciones.... Estas recomendaciones ofrecerán el marco a la UNICEF y

a las ONGs para ejercer una presión sobre los Estados miembros para su puesta en práctica.<sup>5</sup>

Los gobiernos hacen campañas de sensibilización para promover el rechazo a todas las formas de violencia familiar —recuerden la campaña de vacunación antiviolencia hace unos 8 años, y todas las campañas posteriores por televisión; al mismo tiempo, endurecen sus leyes para castigar los diversos tipos de abusos y violencias contra niños/as y mujeres. Sin embargo, en todos los años en que he estado atenta al tema del “maltrato intrafamiliar” —que ya son 10— nunca encuentro que las agencias del gobierno o las internacionales hayan estudiado o analizado sus causas, ni busquen solucionarlo de raíz. Todos los estudios y noticias que leo tienen dos orientaciones claras:

— Los responsables del maltrato y la violencia son los malos padres que no saben cuidar ni proteger sus hijos.

— Es necesario castigar de manera ejemplar a estos malos padres.

Y es que curiosamente, estos cambios exigidos por el modelo de la maternidad amorosa, dedicada e intensiva, y por el cambio de sensibilidad exigido respecto a cómo tratar a los niños/as, no emergen ni son adoptados espontáneamente por las poblaciones. ¿Por qué a pesar de las campañas publicitarias, de los consejos y recomendaciones —en los centros de salud, en las comisarías de familia, en los colegios—, los padres y madres no se rigen por los nuevos modelos parentales y persisten en conductas que ya no son aceptadas?

Pasaré revista brevemente a algunos argumentos con los que pretendo responder a mi anterior pregunta:

*1. Condiciones para el cambio de mentalidad y sensibilidad familiar respecto a los niños y la mujer*

*2. Metas parentales*

*3. Condiciones de pobreza extrema que impiden asumir con responsabilidad y buen ánimo las tareas parentales*

*4. Historias familiares previas – imposibilidad de asumir papel de adulto protector*

*5. Ideología aceptada de que el castigo fuerte corrige a los adultos: la cárcel. Imposibilidad de pensar y poner en práctica estrategias re-educativas.*

<sup>5</sup> Entrevista con Jack van Doek, presidente de este Comité desde el 2001. Tomado de *Espacio para la Infancia. Violencia contra los niños pequeños: un tema espinoso*. Fundación Bernard van Leer, junio 2006, N° 25, pág. 6.

## 1. CONDICIONES PARA EL CAMBIO DE MENTALIDAD Y SENSIBILIDAD FAMILIAR RESPECTO A LOS NIÑOS

Norbert Elias tiene un ensayo que para este tema resulta muy valioso: “La Civilización de los Padres”.<sup>6</sup> En él, inicia su argumentación con esta idea:

Todavía no sabemos muy bien cómo se puede ayudar a los niños a aclimatarse en sociedades tan complejas y nada infantiles como las nuestras, que demandan una alta medida de previsión y autocontrol. No sabemos cómo ayudarles a vivir el ineludible proceso civilizador individual, en cuyo curso uno se vuelve adulto, sin que se deterioren sus posibilidades de goce y alegría.

Su ensayo, que les recomiendo leer, analiza el inmenso cambio producido desde las épocas en las que las relaciones padres hijos eran de dominación, y así eran formuladas por la moral cultural y reguladas por las normas. La obediencia era un valor fundamental, y los padres, como adultos tomaban todas las decisiones que concernían a sus hijos, mientras estos fueran menores de edad. El padre tenía un poder de control, vigilancia y corrección de sus hijos, y lo ejercía con el respaldo de la familia extensa y la comunidad. Hoy en día consideraríamos excesivo el énfasis en el poder, increíble la ausencia del polo del amor en esta posición, por lo cual llamamos autoritarias esas relaciones del pasado. Sin embargo, nuestra sorpresa se debe a que suponemos que en todos los tiempos todas las personas han tenido la misma sensibilidad frente a los niños que nos caracteriza hoy en día. Más adelante volveremos sobre este punto, pero desde ya les señalo la vía que nos indica Elias:

La barrera de sensibilidad de los hombres antiguos —como la de los europeos en la Edad Media y aún en la temprana Edad Moderna— era muy distinta a la actual, especialmente en lo referente a la violencia física. El trato violento entre los hombres era habitual, estaban condicionados para ello. A nadie se le ocurría que los niños requerían un trato especial.<sup>7</sup>

... Las costumbres tradicionales dejaban mayor libertad a las conductas impulsivas espontáneas, tanto de los padres como de los niños ... Los padres [de otras épocas] no se preguntaban, como en la actualidad ocurre con creciente frecuencia: ¿No estaré cometiendo errores en mi comportamiento en relación con los niños? ¿No les estaré causando daño al hacer esto o aquello? Se comportaban de modo mucho más espontáneo, en general estaban mucho más influenciados por lo que ellos mismos sentían más que por el intento de ponerse en el lugar de los niños.<sup>8</sup>

<sup>6</sup> Publicado en el libro de Norbert Elias, *La Civilización de los padres y otros Ensayos*, Grupo Editorial Norma, 1998. (artículo publicado originalmente en alemán, en 1980). Pag. 415

<sup>7</sup> Ibid, pág. 409

<sup>8</sup> Ibid, pag. 418

*La autoridad*

Todo ejercicio de autoridad implica dos dimensiones: el poder y el amor, pero combinadas de manera diferente según el tipo de autoridad.

Dos dimensiones de la autoridad

<i>El poder</i>	<i>El afecto (amor)</i>
Control, exigencia, mando. Saber	Sensibilidad, comprensión confianza, calidez
Identificación con mandatos o normas sociales: cumplir con el deber social	Identificación psíquica con aquel sobre quien se tiene autoridad

El poder desligado del afecto da lugar a: la inflexibilidad y rigidez, y en casos extremos a la negligencia y al maltrato físico. El afecto desligado del poder da lugar a la permisividad y laxitud, y en casos extremos a la malcrianza y a sociopatías.

Para Freud la obediencia se produce por AMOR y es este mismo amor el que lleva al menor a complacer la exigencia parental a fin de no perderlo.

Podemos diferenciar dos polos en la relación afectiva de los hijos con la autoridad parental:

<i>Temor</i>	<i>Amor</i>
El niño acata la exigencia parental por miedo	El niño acepta la exigencia parental para complacer al adulto
Genera sometimiento, rabia y a la larga produce rebeldía y transgresión. Puede producir identificación con el agresor y venganza en otros	Genera identificación con el adulto amado e interiorización de las normas que éste propone
Las normas se acatan mientras esté la autoridad presente, pero no se aceptan ni se interiorizan	Las normas se interiorizan y se vuelven parte del código de conducta personal

A lo largo de la Historia de la Familia Occidental se produjo un cambio de balanza entre el poder y el amor, que sigue estos lineamientos:

<i>Padres en la Antigüedad</i>	<i>Hijos en la Antigüedad</i>
<p>La autoridad paterna se fundaba en el poder: económico, social y legal. Poder casi absoluto del padre sobre el hijo (poder de vida y muerte, poder para encarcelarlo, para entregarlo a cambio de deudas).</p> <p>La relación parental no implicaba sentimientos de ternura, comprensión ni cercanía afectiva</p>	<p>Respeto, distancia afectiva hacia el padre; cercanía con la madre.</p> <p>Los hijos temían perder la protección y apoyo económico y social de la familia (herencia, primogenitura, ...)</p>
<i>Padres en el período Moderno</i>	<i>Hijos en el período Moderno</i>
<p>A partir de la Reforma protestante y la Contrarreforma (siglo XVI), el poder parental decrece y toma más la forma de protección de los menores y obligación de cuidado, formación y guía.</p> <p>A partir del siglo XIX el poder parental es menguado, vigilado por los especialistas del Estado.</p> <p>La Patria Potestad se puede perder, si no se ejerce bien; no es un derecho absoluto.</p> <p>La autoridad parental empieza a fundarse también en el amor. En el siglo XX, aparece Amor narcisista por los hijos: estos deben realizar los sueños de los padres</p>	<p>Se reconocen sentimientos de los niños y se los empieza a tratar como sujetos con capacidad de razonamiento. El poder se flexibiliza y las normas se empiezan a negociar.</p> <p>Los hijos sienten amor por los padres quienes ahora les son más cercanos.</p> <p>Se reconoce la fuerza bilateral del amor en las relaciones padres hijos; se evalúan las relaciones en función de la capacidad de dar amor.</p> <p>En el siglo XX, los hijos adquieren poder afectivo sobre los padres: son los padres quienes ahora temen perder el amor de los hijos</p>

Antaño, en la sociedad antigua, y aún hoy en día en las sociedades tradicionales, los menores no estaban en condiciones de decidir si aceptaban o rechazaban las normas, límites y exigencias impuestos por sus padres y mayores. La obediencia era la única conducta aceptable. No obedecer implicaba ser rechazado por todo el grupo familiar y por los parientes y vecinos. Las normas no se cuestionaban ni se discutían, y toda la comunidad tenía interés en que los menores aceptaran las normas de socialización que permitían la sana convivencia; por ello, cuando los padres exigían a sus hijos acatar sus órdenes, tenían el respaldo de todos los adultos.

En la vida urbana moderna, a medida que el grupo familiar se independiza de la comunidad, la autoridad parental deja de regirse por principios tradicionales y los padres no cuentan con el respaldo de los otros adultos para ejercer su autoridad. Estos principios tradicionales eran: el respeto por los mayores, la obediencia a los padres, la honradez, honrar la palabra empeñada, respetar la vida y honra de los demás, ser diligente y trabajador. Toda la comunidad estaba de acuerdo con ellos y había un esfuerzo común para lograr que los niños crecieran como adultos que se comportaban regidos por ellos.

Hoy en día en las ciudades, cada pareja parental inventa y define las normas de crianza y socialización de sus hijos, a veces incluso en contradic-

ción con las demandas de los abuelos. Por esta misma razón, la fuerza de sus demandas frente a sus hijos depende de la fuerza de su propia autoridad ya que no cuenta con el respaldo grupal. Por eso cuando el niño desde los dos años empieza a no acatar la autoridad de los padres estos no encuentran más recurso que acudir al psicólogo. Así, actualmente la fuerza de las normas familiares no radica en que sean compartidas y sustentadas por un grupo comunitario amplio, que las valida, sino en la capacidad parental de lograr que sus hijos las acepten.

Los cambios en la manera como las familias crían y educan a sus hijos/as o se tratan en la relación de pareja, se deben a muchas causas. Sin embargo, es frecuente que al discutir los cambios en las mentalidades y sensibilidades estos se atribuyan a ciertos factores más que a otros. Me refiero a lo siguiente: por lo general se supone que se puede cambiar de ideas y de prácticas a partir de la información que dispensan los agentes y funcionarios sociales a los adultos, jóvenes y niños con los cuales tienen relación desde los programas que atienden. En los últimos 20 años ha habido una avalancha de programas de escuelas de padres y de orientación a padres, una inmensa publicación y difusión de conocimientos expertos en enciclopedias para padres, e incluso de publicaciones tipo manual, como *Padres para Dummies*. Igualmente aumentan los cursillos para parejas, y los libros de autoayuda para entender los problemas en la pareja y modificarlos. Todo esto nos da cuenta del gran esfuerzo que se está haciendo para cambiar las ideas y las prácticas tanto de crianza y formación de las nuevas generaciones, como de relación entre los géneros. Ya no es bien visto “criar al hijo como a uno lo criaron”, ni aceptar sumisamente una relación de pareja donde uno domina al otro.

Sin embargo, para pasar de una mentalidad premoderna a una moderna, y más aún a una contemporánea, se requiere mucho más que buena voluntad. Muchos adultos que viven en las ciudades se criaron en pequeñas comunidades colectivistas, de carácter tradicional; o fueron criados por padres que pertenecían a ese mundo. Sin embargo, les exigimos que piensen y sientan como ciudadanos de la sociedad global. ¿Acaso hay tantas diferencias entre ambas en lo que respecta a la familia? Contrastemos la sociedad tradicional con la contemporánea.

#### Dos tipos de sociedades

<i>Colectivista (tradicional)</i>	<i>Individulista (contemporánea)</i>
Centrada en el bien de la comunidad	Centrada en el bien del individuo
La autoridad busca moldear a los individuos para que acepten e interioricen el modo de vida y de pensamiento de la comunidad.	La autoridad busca promover el desarrollo del niño, guiarlo para que logre metas personales.



Jerárquica. Dominio de los mayores y por lo general de hombres	Búsqueda de equidad. Mujeres y niños han adquirido poder
Conservadora. Repetir modelos	Innovadora, promover cambios
Los adultos y mayores son los modelos a seguir	Se debe inventar el modelo: en oficios, en tipos de relaciones
Las metas son definidas por el colectivo. Se busca el equilibrio de la comunidad y del entorno	Las metas son definidas por el individuo, desde su niñez. Se busca el éxito personal
Los asuntos familiares son privados: La ropa sucia se lava en casa	Los asuntos familiares son regulados y controlados por los agentes del Estado - la policía de la familia.
Prima el punto de vista de los adultos	Se consultan los sentimientos y punto de vista de los niños

Por supuesto, cada tipo de organización social tiene implícito, en su sistema de crianza y educación, qué tipo de adulto quiere formar, cuáles son las cualidades que quiere potenciar en las nuevas generaciones.

## 2. METAS PARENTALES

Una consideración inteligente sobre la manera “efectiva de ser padres” en nuestra propia sociedad requiere la comprensión de la diversidad cultural de las metas, valores y comportamiento parental entre las sociedades humanas pasadas y presentes. La parentalidad es un aspecto del comportamiento humano a la vez universal y altamente variable... Los padres de diferentes contextos culturales definen la situación universal de crianza de los niños de manera diferente y tratan de organizar las vidas de sus hijos de acuerdo con esto desde el nacimiento en adelante (LeVine, 1980. p. 17).

Estos planteamientos del antropólogo norteamericano Robert A. LeVine, nos han servido de hilo conductor en la búsqueda de información relevante sobre pautas y prácticas de crianza y luego en el análisis de la información recogida. LeVine destaca tres aspectos de la crianza: metas, valores y comportamiento parental, que sus estudios a través de varias décadas en comunidades africanas, latinoamericanas y estadounidenses le han permitido establecer como fundamentales para poder entender el significado de la crianza en las diferentes culturas. Seguiremos los planteamientos de LeVine en algunos de sus textos, en particular en “Una perspectiva transcultural sobre las relaciones parentales” (1980), aunque enriqueciéndolos con algunas ideas nuestras y con otras tomadas de múltiples lecturas.

A los padres/madres humanos en todas partes del mundo se los ve compartir un

conjunto común de metas en su papel parental:

1. La supervivencia física y salud del niño, incluyendo (implícitamente) el desarrollo normal de su capacidad reproductora durante la pubertad.
2. El desarrollo de la capacidad de comportamiento del niño para auto-sostenerse económicamente en su madurez.
3. El desarrollo de las capacidades de comportamiento del niño para maximizar otros valores culturales —por ejemplo: moralidad, prestigio, riqueza, piedad religiosa, logro intelectual, satisfacción personal, auto-realización— tal como son formulados y simbólicamente elaborados en normas, creencias e ideologías culturalmente diferenciadas.

Si uno preguntara, ¿"Qué quieren los padres del mundo para sus hijos?" las respuestas de todas las sociedades humanas incluirían estas categorías y se agotarían en ellas. Existe una jerarquía natural entre estas metas, porque la supervivencia física del niño es un requisito de las otras dos y el auto-sostenimiento económico usualmente es un pre-requisito para la realización de otros valores culturales. Así, si la supervivencia física del niño está amenazada, es probable que se convierta en la preocupación mayor de los padres, y si su futuro auto-sostenimiento económico se considera en peligro, es probable que asuma una gran prioridad entre las metas parentales. Existe también una secuencia natural de desarrollo respecto al conjunto de metas parentales, en cuanto la supervivencia física y la salud son normalmente una preocupación primordial en los primeros años de vida del niño, mientras que las otras toman importancia luego de que las metas de supervivencia están aseguradas y que sus capacidades para el aprendizaje se muestran más llamativas.

Los padres no encaran los problemas para alcanzar estas metas enteramente por sí solos. Cada cultura contiene una fórmula adaptativa para la parentalidad, un conjunto de costumbres que han evolucionado en respuesta a los azares más prominentes en el entorno localmente experimentado por los padres que amenaza el logro de esas metas....

¿Qué quieren los padres para sus hijos? (los tres conjuntos de metas anotados arriba) y ¿qué quieren ellos de sus hijos? (más tarde o más temprano); las estrategias representan vías culturalmente aceptadas hacia las metas de compromiso (*Ibid* p. 18).

LeVine compara las estrategias utilizadas por dos tipos de sociedades: sociedades modernas occidentales y pueblos de África, el Pacífico y América Latina, tratando de "indagar los resultados de sus estrategias de inversión, y de identificar costos tanto como beneficios." Esta comparación le va a permitir establecer dos modelos de crianza, uno tradicional agrario y otro moderno ciudadano. Seguiremos sus análisis en mucho detalle a fin de establecer las características de los dos modelos de referencia que están, uno en el origen y el otro en el punto de llegada para muchas sociedades influenciadas por el modelo estadounidense (sociedades de la Aldea Global). Por cuanto en la línea intermedia se ubican todas las llamadas sociedades en transición, trataremos de señalar los aspectos característicos de cada modelo.

La demostración de LeVine da cuenta de que el énfasis en una u otra de las tres tareas parentales básicas es diferente según el tipo de cultura y su nivel de desarrollo tecnológico. Así, mientras las estrategias de los padres rurales del tercer mundo están centradas en metas referentes a los dos primeros puntos de su papel parental —supervivencia física y salud del niño y lograr que se autosostenga económicamente—, las de los padres ciudadanos del primer mundo están enfocadas al desarrollo de las capacidades de comportamiento del hijo. Por ello, mientras para los primeros, brindar alimentación y enseñar a trabajar son obligaciones parentales fundamentales, para los segundos es su responsabilidad garantizar la mejor educación y promover al máximo en el hijo (desde antes del nacimiento hasta entrada la juventud) el desarrollo de habilidades intelectuales y de promoción de sí. Es decir, que aunque los padres de todo el mundo cumplen las tres tareas, los del primer mundo dan por descontado garantizar la supervivencia y la buena salud de sus escasos hijos —que por lo demás en su mundo de bajísima mortalidad y morbilidad infantil no está en peligro—, mientras los del tercer mundo aún deben luchar por su supervivencia. Pero además, estos últimos también se ocuparán del desarrollo en sus hijos de ciertas capacidades de comportamiento: aquellas necesarias para su tipo de organización social jerárquico y su modo de producción agrícola manual y artesanal. Los valores culturales en juego también serán diferentes según el tipo de mundo.

En el primer modelo —tradicional agrario— se maximiza la fertilidad; esta es una estrategia de inversión para el mañana, pues los hijos revertirán a los padres ancianos, bajo la forma de cuidados y alimentación, lo que estos hayan hecho por ellos. Se trata de la reciprocidad diferida. Por ello no se controla de ninguna manera la fecundidad, pues entre más hijos sobrevivan más brazos de trabajo se tendrán; el costo de criarlos es mínimo, por cuanto los hijos se alimentan y se curan con los recursos que ofrece el campo y a cuya producción ellos contribuyen desde niños; no hay gastos en ropa ni juguetes pues los objetos son utilitarios y circulan hasta su deterioro; la educación formal no hace parte de la crianza, o si acaso empieza a serlo, esta no interfiere con el trabajo infantil, pues se limita a pocos años, o se hace en alternancia con el tiempo de estudio. Los hijos aprenden los oficios de los padres, y estos conservan su autoridad hasta la adultez de los hijos, quienes siguen sometidos a ellos incluso después de casados. Por ello, la obediencia, el respeto, la reciprocidad y el compartir son los valores culturales que se tratan de formar a través de la crianza.

¿Cómo se efectúa la crianza de acuerdo con este primer modelo? En primer lugar, la madre está a cargo del bebé durante los meses iniciales, respondiendo a todas sus demandas, alimentándolo al pecho sin horarios, en un fuerte contacto corporal —el bebé permanece cerca de su cuerpo de día y de noche—, pero con muy escasa comunicación visual y lingüística. Una vez que el bebé crece y puede desplazarse por sí mismo, y entender órdenes, queda a

cargo de sus hermanitos o de otra muchachita un poco mayor, quienes serán los encargados de enseñarle lo que necesite para entretenerse y manejarse en su medio. Estos juegan con él y lo cuidan. La madre puede ahora dedicarse a la crianza de un nuevo bebé. La madre le enseña del lenguaje lo suficiente para seguir órdenes, pero no para conversar. Igualmente ambos padres y todos los adultos lo entrenan en la obediencia, el respeto a los adultos y mayores, la responsabilidad, y aprender a compartirlo todo: la comida, la cama, la ropa, los pocos objetos de la casa. Entrenado de esta manera, el niño “pronto estará listo para realizar tareas útiles en el hogar, en los campos y en el mercado.”

¿Cuáles son las características psicológicas de este tipo de joven? Un yo relacional, para nada narcisista; dependiente de los demás a nivel de la aprobación, pero altamente autónomo en todo lo que se refiere a la supervivencia. Inmensamente respetuoso de las normas, de los lugares sociales, y del trato establecido para cada categoría social. Con muy pocas exigencias de atención y afecto, y con facilidad para lograr satisfacer las expectativas que sobre él han colocado adultos y padres.

En el segundo modelo —moderno ciudadano— el tipo de crianza exige limitar el número de hijos a dos o tres máximo. La inversión en cada hijo a nivel afectivo y económico es tan alta que las parejas no pueden permitirse una familia grande. La educación formal es altamente valorada, y una educación de la mejor calidad, que garantice una conveniente inserción social y que ojalá permita el ascenso; ello exige que el niño compita para ingresar a las mejores instituciones y por tanto que haya desarrollado ya a los 4/5 años un acervo de cualidades y habilidades cognitivas, sociales y motrices; pero además implica para los padres una inversión económica muy alta, pues deberán costear la salud, los estudios y el mantenimiento del hijo durante toda su niñez, adolescencia e incluso juventud, sin esperar ninguna ayuda ni en ese momento ni después. No existe aquí la idea de una retribución, pues cuando los hijos crezcan deberán empezar a pensar en el futuro de sus propios hijos; es el sistema social institucional de pensiones y jubilación el que asumirá a los padres ancianos. En las sociedades urbanas actuales la familia es una unidad doméstica que comparte ingresos (de dos) y consumo, más no producción; por ello los hijos ni ven cómo trabajan sus padres, ni participan en actividades laborales hasta que no terminan su escolaridad —por lo demás el trabajo infantil se considera una explotación indebida que atenta contra los derechos de los niños. Los hijos en la unidad doméstica sólo aprenden a consumir, y su responsabilidad fundamental es ser buenos alumnos y dar satisfacción afectiva a sus padres. Los valores que guían la crianza son: el éxito, la riqueza, el logro intelectual, la satisfacción personal, la auto-realización.

¿Cómo se efectúa la crianza de acuerdo con este segundo modelo? En primer lugar, los hijos se planifican, son el producto de una elección; por ello mismo hay por lo general un anhelo, muchas veces compartido. Cuando el embarazo se produce, el bebé por nacer ya es investido de afecto, y éste se va

acrecentando a medida que pasa el embarazo. La madre va a controles prenatales, participa en charlas y cursos; junto con el padre leen libros y revistas, se preparan para su nuevo oficio, tratando de aprender una manera basada en el discurso de los expertos sobre cómo cuidar del niño y estimular su desarrollo. Se destina un lugar especial para el niño por nacer, se prepara su nacimiento, e incluso se separa con tiempo su puesto en una buena guardería para que cuando la madre retorne a su trabajo el niño esté cuidado por especialistas. De allí en adelante, ambos padres se preocuparán de hablar con él, de comprarle juguetes y juegos educativos, de consultarle sus gustos y opiniones respecto a todas las pequeñas y grandes decisiones que le conciernan: a qué colegio quiere ir, qué ropa y qué comida le gustan, etc. Ambos compartirán su cuidado y el padre y la madre empezarán a ahorrar para garantizarle un buen colegio, clases especiales de deportes y artes, y entretenimientos. Más tarde, si ambos padres trabajan y él requiere ayuda en las tareas, tendrá clases tutoriales, cursos especiales y apoyos diversos para que su escolaridad no fracase. Incluso se proveen todo tipo de terapias para proporcionarle remedio a sus fallas y dificultades, y tratamientos para corregir cualquier defecto. Cuando sea grande debe ser un ejemplar perfecto. Este modelo ciudadano ya está en vigencia en familias de estrato 2 en nuestra ciudad.

Se produce así en la sociedad contemporánea una inversión de la pauta tradicional. Mientras en la antigüedad y en las culturas tradicionales los padres tienen todos los derechos y los hijos los deberes, en la cultura Occidental, a partir de la Reforma y la Contra-Reforma, las iglesias cristianas imponen una modificación de esta dinámica. De 1563 en adelante, en particular con el Concilio de Trento, se empiezan a pregonar los deberes de los padres. Estos deben proveer a sus hijos una educación cristiana y un oficio. Se inaugura así una tendencia que examinaremos en el marco histórico y de la cual vemos aquí su último avatar: ahora todas las demandas se hacen a los padres, respecto a obligaciones para con la formación excelente de los hijos:

— exigencias psicológicas en cuanto a desarrollo cognitivo óptimo y ‘equilibrio afectivo’ ( el niño será observado y sometido a pruebas a lo largo de su escolaridad para detectar cualquier problema psicológico y recomendar la terapia conveniente);

— exigencias educativas de alto nivel (3 años de pre-escolar, bachillerato y universidad) y las suplencias para que esto se logre (educadores especiales, clases particulares cursos remediales);

— niveles excelentes de nutrición y salud (ya no es sólo que sea sano sino que sea perfecto: del pediatra se ha pasado al nutricionista, ortodoncista, ortopedista y fonoaudiólogo);

— exigencias económicas y sociales que les garanticen a los hijos la satisfacción de todas sus necesidades y una posición en la vida.

El producto de este tipo de crianza es un niño altamente individualista, que siempre creció en un medio que le acostumbró a ser dueño y a no compartir con los demás; que considera sus iguales a padres y adultos, frente a quienes nunca se le exigió un especial respeto, ni reconocimiento de una distancia generacional. Vulnerable psicológicamente debido a sus altas expectativas de ser atendido, estimulado, y de ser objeto de un intercambio afectivo permanente. Centrado en sí mismo, y con un yo narcisista que le exige ser continuamente el centro de atención de adultos y pares; acostumbrado al elogio continuo. Sometido a ideales de sí y auto-exigencias que lo hacen ser frágil, pues debe estar a la altura de las altas expectativas parentales y sociales respecto a su desempeño.

#### Metas y principios educativos

<i>Sociedad tradicional</i>	<i>Sociedad contemporánea</i>
Formar niños que se conviertan en adultos responsables, trabajadores, honrados, solidarios.	Formar niños que sean felices, que optimicen todas sus potencialidades para que cuando sean adultos tengan éxito económico y social.
Promover el trabajo continuo, el esfuerzo, la persistencia.	Promover el espíritu competitivo, el liderazgo.
Enseñar a obedecer y a acatar la cosmovisión de la comunidad. Los adultos no dan explicaciones: ordenan; los hijos no deben preguntar.	Promover el pensamiento autónomo, ser crítico. No imponerle nada, dialogar y razonar con los hijos/as.
Enseñar a controlar los impulsos y a tomar en cuenta a los demás.	Tomar decisiones sólo, en función de sus anhelos y deseos.
Enseñar las habilidades que permiten la subsistencia y el cuidado de los suyos.	Ofrecer larga escolaridad que garantice altos niveles profesionales y cargos destacados.
Formar en los valores de la comunidad a través del ejemplo.	Ofrecer oportunidades deportivas, artísticas, lúdicas
Proteger al niño y darle libertad de manera progresiva y controlada.	Asumirlo desde el principio como un sujeto que ya puede decidir por sí mismo

Para que alguien criado y formado con las ideas y los principios de la sociedad tradicional pueda, al volverse padre o madre cambiar sus creencias, sus pautas y sus prácticas de crianza y educación, ¿qué se requiere?

Hagamos por un momento el ejercicio de discutir entre todos esta pre-

gunta, con base en el cuadro de Metas y Principios Educativos.

Examinemos ahora cuáles han sido los principales cambios en la manera de pensar y tratar a los niños:

<i>Antes</i>	<i>Ahora</i>
Hasta inicio de los años 70, en Colombia, la tasa de natalidad era muy alta. Nacían niños en exceso, pero la mortalidad infantil era muy alta, lo que equilibraba la población.	En los países del primer mundo y en las clases altas y medias de los otros países, los niños escasean. Se ha pasado de la pirámide poblacional al champiñón.
La muerte de los pequeños se aceptaba, como algo inevitable. Como se tenían tantos hijos, los que sobrevivían y llegaba a adultos se encargaban de los padres en su vejez.	La vida de los pequeños debe protegerse al máximo. El Estado exige cuidados extremos y seguridad ante todo. El futuro pensional de los mayores depende de la generación de relevo.
Los hijos/as son útiles para el equilibrio del grupo familiar: desde pequeños contribuyen a la producción familiar, cuidan a sus hermanos menores, y cuando crecen ayudan a costear la educación de estos.	Son fuente de gastos y exigen todo tipo de esfuerzos y sacrificios: generan costos altos desde el embarazo, su crianza es muy demandante; su educación es muy larga e implica muchas actividades complementarias; todo esto exige acompañamiento y mucha disponibilidad.
La vida es dura y los niños desde pequeños deben aprender a cuidar de sí mismos, a lograr autonomía de subsistencia, y a resistir las dificultades sin derrumbarse.	Los niños son un tesoro. Son frágiles, y deben tratarse con suavidad, ternura y siempre cuidarlos y protegerlos.
A los 15- 16 años se está listo para formar un nuevo hogar.	A los 30 años, muchos siguen dependiendo económica y socialmente de sus padres.
Los niños se quieren y cuidan pero no en exceso. Se tienen muchos hijos, y el afecto y cuidados se deben repartir entre todos.	Los niños se aman narcisísticamente, como continuidad y reflejo de sí mismo. Sus gracias y logros son fuente de satisfacción personal.
Los niños deben tratar de entender y aceptar el punto de vista de los mayores.	Los mayores buscan comprender qué le pasa al niño/a.
Los padres deben corregir a sus hijos y formar gente que no haga daño a la sociedad.	Los padres deben hacer felices a los niños. Se les deben evitar los sufrimientos.
La corrección dura se considera formativa: temple el carácter	El castigo corporal es dañino, y está prohibido. El trato duro es resentido y calificado como maltrato. Los padres deben ser vigilados por el Estado.
Los problemas de la familia son un asunto privado, pero la educación y crianza de los niños son un asunto de todos: todos debían corregir.	La crianza, aunque compartida a nivel institucional, es asunto de los padres y nadie (personas) debe inmiscuirse en las maneras de formar a los niños.
Los vecinos y familiares controlan a los niños que no se portan bien.	El Estado funciona como policía de las familias. Los organismos internacionales prescriben políticas y exigen a los Estados cumplirlas

### 3. CÓMO AFECTAN LAS CONDICIONES DE VIDA LAS RELACIONES PADRES HIJOS/AS

Las condiciones de vida determinan los estándares de lo esperado como calidad de vida del niño/a y de lo que los padres logran ofrecerle. Así, lo que en una clase social se puede ofrecer fácilmente, no se podrá ofrecer en otra —aún anhelándolo—, y no por negligencia, sino por pobreza o inexistencia de recursos. Y ello implica no solamente lo que los padres disponen como medios actuales para brindarle a su hijo recursos de salud, nutrición, educación, vivienda y recreación, sino lo que planean y deciden ofrecerle a través de esfuerzos y sacrificios. Así, en las clase media y alta, es posible incluir al hijo en un plan de vida, y organizar la vida de los padres para, de alguna manera, lograr las metas que la pareja se ha forjado en torno al hijo/a. Se hacen ahorros, se inscribe a la madre en un servicio de salud, se prepara un lugar para el bebé —primero cuna, luego cuarto—, y paulatinamente se va modificando la organización de vida de los padres para que el niño/a cuente con la protección debida y para que se críe sano y en un entorno estimulante y libre de peligros. La preparación para el nacimiento, y luego las buenas condiciones de vida facilitan el que la experiencia de crianza no sea demasiado difícil y el niño vaya estableciendo vínculos de afecto con sus padres. El niño, por lo general, es acomodado al proyecto de vida de los padres. Su venida al mundo generalmente ha sido anticipada y luego aceptada, y los padres (a no ser que haya una patología) lo adoptan como un sujeto, un otro cuya vida depende de sus cuidados y dedicación.

En la clase baja, si bien las condiciones de vida no permiten por lo general una anticipación del futuro y una organización de la vida en la que el hijo/a no sea vivido fundamentalmente como carga, los padres tratan de ofrecerle satisfacción a las necesidades básicas, para que se críe saludable.

#### *Condiciones de pobreza extrema que impiden asumir con responsabilidad y buen ánimo las tareas parentales*

En los grupos excluidos la situación es muy diferente. Se vive en la inmediatez. Los problemas se tratan de enfrentar en la medida en que se presentan, sin que haya una mentalidad que permita prever el futuro ni tratar de controlarlo (Lewis, 1959). No se planea dar la vida a un hijo, las mujeres quedan embarazadas porque “ya tocaba”. Los bebés son anhelados como un escape al desafecto, pero cuando nacen son vividos como carga, y agravamiento de la situación económica y de imposibilidad de un futuro diferente. No hay condiciones materiales para garantizarles salud ni salubridad, no hay alimentos suficientes ni adecuados para darles una alimentación balanceada, no hay un espacio donde pueda crecer y desarrollarse sin correr peligros, no hay tiempo ni disponibili-



dad de ánimo para atenderlo y mimarlo, no hay buenas instituciones educativas que ayuden a educarlo y sobretodo a promover su desarrollo.

En 1990 Mac Loyd propuso un modelo de análisis para interpretar cómo la pobreza y las dificultades económicas afectan a los niños afrodescendientes, basado en una revisión de investigaciones realizadas en Estados Unidos (Citado en Nunes, 1994, p.13-19). Retomamos sus suposiciones básicas:

- (a) la pobreza y las dificultades económicas disminuyen la capacidad de apoyo, interés y coherencia de los padres en la crianza de los hijos;
- (b) en la relación entre la carencia económica y el comportamiento de los padres, el intermediario más importante es la tensión psicológica, derivada de un exceso de vivencias negativas, de una situación crónica e indeseada y de la ausencia e interrupción del vínculo conyugal;
- (c) las dificultades económicas y la pobreza afectan a los niños indirectamente, a través del comportamiento de los padres;
- (d) la relación padre-hijos en situaciones de carencia económica, depende de la calidad de la relación entre el padre y la madre

MacLoyd, “The impact of economic hardship on Black families and children: psychological distress, parenting, and socio-emotional development” en *Child Development*, 61. (p 311- 46) 1990.

Entre las investigaciones por él revisadas quisiéramos destacar algunos hallazgos relativos a la relación entre carencia económica y perturbaciones de carácter psicológico en la relación familiar:

—La investigación de Elder y colegas muestra que los padres al tener permanentemente problemas económicos, se vuelven más irritables, explosivos y ansiosos, aumentando las tensiones en la pareja y las conductas punitivas con sus hijos.

— Los padres angustiados son más propensos a comportamientos compulsivos. La ansiedad de los padres lleva al uso más frecuente de medidas disciplinarias coercitivas y punitivas, lo que a su vez se asocia con comportamientos asociales del niño.

— Las dificultades económicas fomentan la discordia conyugal en dos sentidos: acentúan los conflictos y aumentan el poder de la madre en la toma de decisiones. La discordia conyugal intensifica la ansiedad de los padres en forma directa y en forma indirecta, cuando la disolución de la pareja lleva a la monoparentalidad. Esta se asocia con una alta incidencia de ansiedad y depresión, lo que hace que el deterioro de la pareja funcione como un proceso amplificador de los efectos negativos de la carencia económica en el desarrollo del niño.

—Tres tipos de factores podrían moderar los efectos negativos de la pobreza en el niño: (1) características de los padres (personalidad, dominio de la situación, nivel de recursos); (2) características de los niños (temperamento, apariencia física); (3) factores externos (el apoyo de la familia extensa, amigos y la comunidad en general).

### *Del campo a la ciudad. Cambios en los modos de producción*

En Colombia durante el siglo pasado, hubo varias oleadas de migración del campo a la ciudad, que se iniciaron en los años 40. La primera gran oleada fue producida por la industrialización de las grandes capitales. El surgimiento de las primeras fábricas, atrajo a muchos campesinos, quienes anhelaban volverse obreros asalariados. Si bien cambiaron su oficio, lograron una inserción social basada en un empleo fijo, y muchas veces ellos, pero sobretodo sus hijos lograron tener una educación que en el campo era inexistente, y prosperaron en la ciudad.

La violencia que se inició en 1948 y continuó hasta mediados de los años 50 provocó una nueva oleada, pero esta vez no en busca de trabajo sino de seguridad: se quería evitar la muerte, aunque se perdiera la tierra y la casita en el campo. Si bien el comienzo en la ciudad fue duro para todos, el sector industrial seguía creciendo, el café producía muy buenas divisas, y había una situación de prosperidad que permitió a muchos conseguir un empleo y organizarse como ciudadanos. De todas maneras la adaptación a la ciudad se facilitaba por el hecho de que las ciudades capitales aún eran pequeñas y la mentalidad de todos seguía siendo tradicional.

Como el campo también se industrializaba, y los pequeños campesinos ya no tenían tierra ni trabajo, desde mediados de los 60 muchísimas familias del campo fueron lanzadas abruptamente a la ciudad. Esto coincidió, en algunos casos, con migraciones provocadas por desastres naturales —como la del Charco Nariño, que dio origen a Aguablanca. Cada vez era más difícil conseguir un lotecito y un trabajo. Las urbanizaciones piratas e invasiones sólo ofrecían minilotes, y minicalles, sin servicios públicos de ningún tipo; el hacinamiento estaba garantizado, y no había condiciones para una existencia digna.

Las últimas migraciones han repetido las causas —escasez de medios de supervivencia en el campo, desplazamientos forzados por la violencia— pero quienes migran a la ciudad no encuentran solución a sus necesidades, y sí agravamiento de su pobreza y desvalidez. Cada vez más, las familias que llegan, viven y se reproducen en situaciones de extrema pobreza. ¿Tiene esto efectos sobre la manera de criar a los niños?

Para las familias ocurre este viraje:

<i>En el campo</i>	<i>En la ciudad</i>
Los niños se consideraban miembros activos de la familia, y su participación era útil a la pareja parental. No generaban grandes gastos, y su alimentación y entretención podía lograrse con los medios del campo.	En familias en situación de pobreza extrema, los niños resultan una carga muy pesada, sin que haya medios para alimentarlos ni educarlos; su cuidado se convierte en impedimento para el trabajo. Muchos niños son tratados como estorbo.

Al revisar las historias clínicas de los pacientes que ingresan actualmente al Hospital Psiquiátrico, se encuentra con mucha frecuencia un pasado infantil en el que estos sujetos se vivieron como rechazados por la pareja parental, como personas a quienes se les echaba en cara que hubieran venido al mundo a complicar la vida de sus padres, a aumentar sus problemas, ya de por sí grandes. Son fruto de embarazos no deseados —en una época en la que no se aceptan con alegría “todos los hijos que Dios mande”, y en la que estos no llegan “con un pan debajo del brazo”, ni “los alimentan los pájaros del cielo”. Son acogidos de mala manera, rechazados de todas las formas, y ellos saben que nadie quiere su existencia.

Veamos un ejemplo sobre cómo eran las figuras parentales —padre y madre— en las historias familiares de 17 adolescentes embarazadas, según el estudio de Colombia Hernández.<sup>9</sup> Es preciso aclarar que estas categorías analíticas se construyeron con base en la información arrojada por las historias reales, y no con base en categorías ideales de cómo deben ser y comportarse el padre y la madre. Por esta razón, “van de gris a negro”. No hubo ni un solo caso en que los padres pudieran ser clasificados en una categoría con valores más positivos.

### Dimensión #3: Figura Paterna en su Familia de Origen

<i>A. Lejana, poco formativa</i>	<i>A. Lejana, poco formativa</i>	<i>C. Ausente o dañina</i>
Papá provee regular y adecuadamente lo básico.	Papá presente, suple parcialmente lo básico.	Convivencia mínima y/o dañina (maltrato, descuido).
Malgeniado, ocupado en su trabajo y distante. Llega a ser autoritario y negligente.	Adicto y violento, se vuelve negligente, arbitrario e inestable y problemático.	Papá biológico o social no sostiene, cuida ni forma debidamente a la joven.

<sup>9</sup> Categorías elaboradas por Colombia Hernández en su Trabajo de Investigación sobre Identidad femenina en adolescentes embarazadas de contexto pobre y marginal. Maestría en Psicología, énfasis en Psicología Cultural. Univalle, 2004.

Fija normas, pero no vigila su cumplimiento. Termina “dejando hacer”; no orienta.	Temido, no respetado ni valorado. En ocasiones, se percibe amenazante.	Si hay quienes cumplan el rol paterno, lo hacen de forma temporal o poco formativa
---	--	--

Dimensión #4: Figura Materna en su Familia de Origen

<i>A. Dedicada, afectuosa, cuida a su hija con apoyo</i>	<i>B. Dedicada, sufrida, no protege a su hija</i>	<i>C. Ausente, negligente o maltratante.</i>
Financia a la familia; cuida física y formativamente.	Cuida físicamente; ocupada, descuida formación de hija.	Abandona, descuida o trata mal a su hija.
Afectuosa, confiable, tímida y silenciosa. Poca autoridad. Amiga más que una mamá.	Inestable, sin autoridad. Es conciliadora y sumisa. Para cuidar hija depende de otros	Maltratada, agresiva o muy inestable. Sufre por su hija, no sabe cómo ayudarla.
Superó maltrato, infidelidad o negligencia de pareja. Con apoyo se separó y cuidó a su hija	Tolera maltrato, adicción y delincuencia en su familia. Amorosa, pero sufrida.	Si alguien asumió función materna, esto fue algo irregular, temporal o poco formativo.

4. HISTORIAS FAMILIARES PREVIAS – IMPOSIBILIDAD DE ASUMIR EL PAPEL DE ADULTO PROTECTOR

*Factores de riesgo asociados a la violencia familiar*

En el *Estado del Arte sobre Factores de riesgo y de protección frente al maltrato*, que hicimos en el año 2000, la revisión de estudios sobre violencia intrafamiliar<sup>10</sup> nos permitió encontrar estas características en las familias maltratantes:

1. En la mayoría de los estudios revisados, la figura de padre que tienen los niños/as que actualmente son maltratados se caracteriza por ser únicamente padres genitores, es decir:

a. hombres que engendran hijos sin siquiera darse cuenta y que cuando se enteran no tienen ningún interés ni responsabilidad frente a su hijo/a.

b. hombres que engendran hijos en función de una relación de convivencia, por lo que al romperse la relación conyugal se acaba también el vínculo con los hijos.

Generalmente en estas familias los hombres no logran ser padres y las mujeres no son ubicadas por ellos en el lugar de madres. Son genitores que tie-

<sup>10</sup> Este estudio lo hicimos a solicitud del ICBF Regional. Para el capítulo sobre el maltrato generalizado al interior de la familia, del cual retomamos estos análisis, estudiamos: 11 investigaciones, 7 intervenciones y una investigación con intervención.

nen a su cargo niños ante quienes no saben asumir psicológica ni socialmente las funciones parentales.

2. La mayoría de estudios revisados demuestran que los adultos que actualmente maltratan a sus hijos/as aprendieron esta forma de relacionarse a través del ejemplo que sus padres les dieron en sus hogares. Los hijos aprenden de los padres cómo relacionarse con el otro —cómo ser compañero/a, cómo ser padre y madre— y cuando crecen repiten el modelo vivido.

Se constata cómo unos padres/madres que funcionan como referentes frágiles producen sujetos frágiles. Es decir, que aunque en el maltrato intrafamiliar se despliega una aparente fuerza y mucha agresión y violencia, esto no implica que se trate de personas seguras, dueñas de sí y en cierto sentido omnipotentes. La omnipotencia que se pone en acto durante los episodios de violencia es tipo imaginario, no se funda en un dominio de sí, sino por el contrario en la inseguridad y el descontrol. Si bien estos adultos se muestran autoritarios y despóticos, su fragilidad psíquica es inmensa. Además, oscilan entre dos polos: la madre débil y sometida a su tiránico compañero, será la maltratante y tiranizadora de sus hijos en otros momentos; el padre violento y despótico en el hogar, será el trabajador sometido y doblegado en su mundo laboral. Los hijos se identifican con ambos aspectos de sus padres y cuando adultos pasarán a ser víctimas o victimarios en sus nuevas familias.

3. Varios estudios señalan que los padres y madres que maltratan a sus hijos/as son figuras de autoridad que no establecen límites claros que ayuden al desarrollo de procesos normativos en sus hijos/as. La mayoría de las veces estas normas varían de un día a otro dependiendo del estado de ánimo del padre/madre.

— Para los hombres la autoridad es un asunto de poder sobre la mujer y los hijos; no se trata de un ordenamiento de las relaciones con referencia a un orden social que los trascienda. Ellos no se consideran representantes de ningún orden social, porque se toman por la ley.

— La lógica que rige al maltratante físico de niños y esposas es “la ley de la selva”, donde cada quien impone justicia por mano propia y de acuerdo con su propia interpretación de los hechos. El padre/madre maltratantes no se conciben ni se erigen como representantes de las normas sociales; ellos castigan, golpean o hieren porque consideran que el niño los ofendió, porque no los respetó —en el sentido de someterse a su voluntad. Por lo general se trata de ofensas imaginarias que estos padres resienten como ofensas reales debido a que el niño puso en entredicho su escasa seguridad.

Las normas, cuando existen, parecen haber sido manejadas según la conve-

nencia del adulto que las imponía. También se encuentran casos donde los padres/madres no les establecen normas ni organización de la vida cotidiana a sus hijos/as:

— Hijos/as sin normas con respecto a horarios y a sus responsabilidades y deberes.

4. La mayoría de estudios señalan rasgos de personalidad característicos de los padres y madres que maltratan a sus hijos/as. Ellos permiten detectar padres y madres potencialmente maltratantes. Igualmente, identifican puntos frágiles en la personalidad de los padres que deben tenerse en cuenta cuando se diseñen programas de prevención y atención del maltrato intrafamiliar. Estos rasgos son:

— En las madres maltratantes priman mecanismos imaginarios para dar forma a sus sentimientos maternos: golpean a los hijos por rabia con el padre que las maltrata, detestan al hijo/a cuando se les parece al papá odiado.

— Las madres no logran colocarse en el lugar del niño/a, reconocer que él/ella es un otro con sus propias necesidades, temores y particularidades. Cualquier manifestación del niño/a que implique asumir un lugar diferente al que la madre le atribuye, es vivida como amenazante por esta; de allí que reaccione con rabia y violencia.

— Las faltas por las que el padre ataca al niño/a o esposa no tienen la gravedad que se les atribuye. La realidad de sus faltas está en su imaginación, y es por ello que se ve aumentada por el licor y la droga, siendo éstos los desencadenantes más frecuentes en el caso de los hombres.<sup>11</sup> En el caso de las madres los niños no satisfacen sus expectativas de compañía y afecto, estos se han vuelto una carga intolerable y no les permitieron el cambio que esperaban en su situación de hijas malqueridas. Por ello cualquier acto cotidiano que contraríe lo que ellas soñaban las lleva al maltrato.

— El maltrato físico es una descarga de rabia en que se busca castigar la afrenta producida por quien imaginariamente es vivido como retador o agresor. Imaginariamente, por cuanto el motivo que provoca el maltrato generalmente es nimio, pero enlaza con las fantasías y temores del/la maltratante, quien sobreinterpreta y sobredimensiona los hechos y pasa al acto como si la ofensa o agravio pusiera en cuestión su lugar en el mundo.

<sup>11</sup> Es importante tener claro que el alcohol y la droga son detonantes, disparadores de violencia, pero no causas de ella. Las causas son mucho más complejas, de carácter social, económico y estructural, y por lo general el mismo maltratante ha sido víctima de ellas.

— Los padres, faltos de afecto y satisfacciones en su infancia esperan que los hijos colmen sus carencias. Se invierte la lógica de las relaciones parentales: los padres demandan en lugar de dar.

— Es tan poco lo que cada uno se ha sentido amado que, cuando se consigue a alguien para ser compañero/a, éste tiene que resarcir de todas las privaciones y frustraciones previas. No obstante, como el compañero por lo general ha vivido las mismas carencias afectivas y de protección, no está en posibilidad de ser un cónyuge comprensivo, afectuoso y protector. Habiendo recibido poco afecto y comprensión, es poca la capacidad de dar afecto que cada uno ha desarrollado; más bien es un hambre afectiva que se trata de saciar con todos los que le rodean.

— Las figuras maternas son débiles con relación a la imposición de la norma, dando cuenta de la dificultad de la madre para establecer límites y prohibiciones. Como ellas mismas en su infancia no lograron interiorizar adecuadamente los límites y normas, ahora no saben establecerlos; no logran así organizar al hijo respecto a las consecuencias de sus actos inadecuados.

— Los padres no se constituyen en referentes claros que garanticen el cumplimiento de la norma ni ejercen control suficiente para regular los actos de sus hijos. Es notoria la desorganización e incompetencia de los padres, que no son claros como figuras referentes que facilitan un ambiente flexible pero bien organizado.

5. Algunos estudios señalan características de personalidad que tienen los niños/as y adolescentes que han sido maltratados:

— Tienen necesidad de un otro que les sirva de referente; esto se ve reflejado en su incapacidad de tener una palabra propia, siendo influenciables, necesitando un otro que les diga qué hacer.

— Todos perciben la necesidad de un otro-referente que les ayude a organizar un lugar, a asumirse; se dan cuenta de que solos no saben a dónde ir y que necesitan de alguien que les sirva de apoyo y guía frente a lo que deben hacer.

— Los jóvenes manifiestan el deseo de un referente y de asumirse, es decir, la necesidad de otro que les brinde atención, apoyo, orientación y la necesidad de asumir algo propio, situarse ante algo y ser reconocido.

— Falta claridad con respecto al rol que ocupan en la familia, percibiéndose como responsables de alguno de los padres o de su bienestar.

— La mayoría de los sujetos conocen la norma, lo que debería hacerse, pero no saben cómo hacerlo. Evalúan los actos como inadecuados y establecen las responsabilidades a cumplir, pero no saben por qué, para qué y cómo, porque no la han interiorizado o significado en función de sí mismos y de su necesidad de organizarse.

— Manifiestan una necesidad de atención, de reconocimiento, de ser importantes para alguien, es decir, reclaman un lugar propio.

6. Varios estudios señalan que muchos de los padres y madres que maltratan a sus hijos/as tienen una creencia innatista sobre el desarrollo de los niños/as; es decir, creen que el temperamento y comportamiento de los niños/as ya vienen predeterminados desde el nacimiento. Por esta razón, no se les ocurre siquiera pensar que la forma como se los trate va a incidir en su manera de ser. De esta manera, cuando el niño es agresivo, o timorato, esto se ve como un rasgo de carácter heredado, frente al cual nada se puede hacer; en ningún momento se produce un cuestionamiento sobre cómo las relaciones familiares han podido incidir en el comportamiento del niño. Desde esta óptica, las interacciones que se establezcan con los hijos/as (por ejemplo, la presencia del niño/a en peleas de los padres, o las amenazas y humillaciones continuas) no se piensa que afecten su desarrollo, porque éste ya está determinado. Y si el niño presenta los mismos comportamientos airados y bravucones de su padres, no se analiza que el niño lo toma como modelo, se identifica con él y actúa de forma similar, sino que se atribuye el parecido a la herencia genética: “Hijo de tigre sale pintado”.

7. Varios estudios indican que el lugar del niño/a en la familia se basa en el modelo tradicional en el cual los niños/as no tenían derecho a participar en las conversaciones de los adultos, y tampoco era tomada en cuenta su opinión a la hora de tomar decisiones. No obstante, al niño no se le reconoce un estatuto de menor para protegerlo —como sí ocurría en la familia tradicional— sino que se da una desfiguración de la pauta tradicional, por lo cual el niño no sólo es negado como un interlocutor válido, sino que no se tienen en cuenta sus necesidades afectivas ni materiales. Esta situación no sólo afecta el manejo adecuado de la comunicación sino que propicia maltrato en la medida que no se toman en cuenta los pensamientos, sentimientos y necesidades de los niños/as ni los de los/las adolescentes. Así, “cuando los niños hablan los mandan a callar y no les ponen cuidado”.

7.1 Otros estudios dan cuenta de que el lugar de los niños/as (que actualmente son adolescentes) en su familia estuvo caracterizado por la ausencia de límites claros que les permitieran organizar su espacio y su tiempo y construir una identidad. También se encuentran casos donde los padres y madres no



involucraron a sus hijos/as dentro de las actividades familiares, sino que cada uno/a iba por su lado y no había espacios de encuentro entre las dos generaciones, que permitieran construir un lugar dentro de la familia. Los efectos de esta forma de crianza en los hijos/as adolescentes tienen las siguientes características:

— No logran ubicarse en un quehacer propio que les dé una identidad o del que se sientan responsables y les ayude a organizar un lugar dentro de la familia y la sociedad.

— Dan cuenta de su desorganización, percibiéndose perdidos, confundidos, sin saber qué hacer.

— No tienen normas en relación a horarios, responsabilidades y deberes.

7.2 Algunos estudios señalan que las madres ubican a sus hijos/as en el lugar de aquellos que vendrían a colmar todas sus necesidades afectivas insatisfechas a lo largo de su vida. Estas mujeres ven a los hijos como una salida a su soledad y a su falta de lugar. Un hijo es soñado como aquel que la reivindicaría: podrá ocupar el lugar social anhelado por la madre, ser al fin “alguien”; además le permitiría tener quién la acompañe y le dé el afecto que le ha sido negado.

8. Si bien la mayoría de los comentarios y anuncios publicitarios sobre maltrato intrafamiliar y en especial infantil, dan a entender que este es el resultado del autoritarismo, la lectura de los diversos estudios permite pensar que más bien predomina un estilo parental negligente. La realización de cuatro estudios casi en paralelo desde una perspectiva de psicología cultural sobre la crianza<sup>12</sup> permitió a sus autoras —que somos quienes realizamos este análisis— comprender que en la mayoría de los casos el maltrato no se basa en una relación autoritaria sino en una relación negligente. La relación autoritaria tradicional buscaba formar, moldear el carácter, “enderezar” para que los hijos crecieran comportándose de acuerdo con las normas sociales y los modelos convencionales aceptados por la sociedad. Si bien se utilizaban formas violentas —en especial castigos— la intención era formativa, y el padre consideraba al hijo como un otro, un ser en devenir, cuyo porvenir dependía de que él supiera ponerlo en su lugar. Por el contrario, en los casos de maltrato, si bien encontramos formas de despotismo y autoritarismo exagerados en algunos padres y madres, por lo general esto no correspondía al estilo permanente de la relación parental, la cual más bien podría decirse que era negligente en un 80% y despótica en un 20%. Así, un padre que había quemado las manos de su

12 “Pautas y prácticas de crianza en dos comunidades afrocolombianas del Valle del Cauca”, “11 casos de maltrato infantil”, “La parentalidad en el sector de la Olla” (Jennifer Nessim) y “Paternidad en Yumbo” (Alejandra Torres). Los dos últimos son trabajos de grado dirigidos por M. C. Tenorio.

hijo de 9 años porque había cogido una plata ajena —haciéndolo quedar mal ante sus amigos— el resto del tiempo no se ocupaba de él, no le había querido matricular en la escuela, no le inquietaba que el niño anduviera todo el tiempo en la calle con malos amigos; no le enseñaba a cuidar de sí ni a cumplir responsabilidades mínimas en la casa, no se preocupaba de que el niño no tuviera qué comer, e incluso le había pegado porque fue a la tienda donde estaba tomando a pedirle plata para poder ir al médico porque estaba enfermo.

Estas consideraciones nos llevaron a establecer una diferencia fundamental entre castigo físico con intención formativa y maltrato físico para expresar la rabia, para sacar de sí la frustración y el odio.

Resulta conveniente destacar aquí las características psicológicas de los niños que han sido criados bajo un estilo parental negligente:<sup>13</sup>

- Baja competencia social
- Pobre autocontrol y heterocontrol
- Escasa motivación
- Escaso respeto a normas y personas
- Baja autoestima, inseguridad
- Inestabilidad emocional
- Debilidad en la propia identidad

Por otra parte, los niños criados bajo un estilo autoritario presentan, entre otros, un rasgo que debe aquí destacarse:

- Agresividad e impulsividad.

Resultan muy coincidentes los rasgos psicológicos de los niños maltratados —anotados aquí en secciones anteriores— y los que acabamos de escribir como correspondientes a la crianza negligente.

9. Los padres y madres maltratantes se caracterizan por establecer uniones temporales o esporádicas que no implican convivencia con la pareja. Esto conlleva a la formación de familias recompuestas, temporales, en las que el nuevo compañero o compañera no se sienten comprometidos afectiva ni socialmente con los hijos del hogar al que llegan. Investigaciones realizadas en otros países dan cuenta de cómo resulta de difícil para los padres y madres de familias recompuestas asumir una posición que aún no está regulada por las

<sup>13</sup> Tomado de Esperanza Ceballos y María José Rodrigo “Las metas y estrategias de socialización entre padres e Hijos” en *Familia y Desarrollo Humano*, Alianza Edit. Madrid, 1998. Estas caracterizaciones están basadas en las investigaciones de Lamborn, Mounts, Steimberg y Dornbusch, 1991; MacCoby y Martin, 1983.

normas ni por las costumbres, puesto que no es una relación de paternidad ni de maternidad pero implica proteger, cuidar y ayudar a niños ajenos con los que se convive. En las familias que los estudios de este Estado del Arte abordaron, el problema era aún mayor puesto que las uniones eran muy inestables, los adultos no manifestaban ningún interés en proteger a estos niños “de paso” en sus vidas, los hacían objeto de agresiones, y con frecuencia se encontraba una fuerte discriminación y rechazo hacia ellos.

10. Algunos estudios señalan que las razones para haber conformado pareja (en hogares donde se maltrata a los niños/as) obedecen a la necesidad de compañía y de tener una mayor seguridad económica. Las madres saben que sus nuevos compañeros rechazan a sus hijos pero se sienten tan desprotegidas y vulnerables que aceptan estas relaciones que ponen en riesgo a sus hijos y en especial a sus hijas.

El lugar de inferioridad que tradicionalmente se le ha asignado a la mujer en la relación de pareja contribuye a que la mujer siga conviviendo con un compañero que la maltrata a ella y a sus hijos/as.

— Un elemento constante en las mujeres maltratadas es la imposibilidad de independizarse de los hombres que las desestabilizan emocionalmente, porque no tienen los recursos que les permitan la independencia.

— Se encuentran reacciones de sumisión en las mujeres frente al maltrato del hombre. Ellas reproducen el lugar que tradicionalmente se les ha asignado: anulación y sumisión ante lo que el hombre haga; mientras el hombre se ubica en el lugar de poder que le otorga todos los derechos sobre su familia.

— La mujer percibe al hombre como una figura que infunde miedo y dominación.

11. Algunos estudios señalan que muchas familias no saben cómo establecer comunicación y diálogo entre padres/madres e hijos/as. Esto contribuye a aumentar la mala relación que existe entre ellos. Padres e hijos/as sólo se comunican cuando se presenta un problema o hay un motivo de discusión. Generalmente se privilegia el uso del castigo físico, porque no saben cómo hacerles entender a sus hijos/as a través del diálogo las razones que tuvieron para catalogar negativamente su comportamiento. En otras ocasiones, se recurre a gritos y palabras hirientes o soeces.

### *Un Narcisismo insuficiente*

En los casos de maltrato que hemos estudiado, encontramos la ausencia de

investimiento narcisista de los hijos e hijas víctimas de maltrato. Es decir, parecería que hay una escasa elaboración de un hijo/a ideal en torno a ese hijo/a de carne y hueso. Existen allí fenómenos imaginarios de confusión con el padre agresor de su infancia, pero no de identificación con el desvalimiento del niño. En su base existe una inmensa pobreza de investimento narcisista de sí, en una sociedad que exige que cada quien se quiera mucho a sí mismo y saque de allí fuerzas para resistir las exigencias de la vida cotidiana. Nuestra sociedad no provee un entorno simbólico que funcione como estructura o armazón en la que los sujetos se apoyen; este apoyo es muy débil, y se cuenta más bien con los recursos narcisistas, de tipo imaginario, como sostén de las familias y mediación de las relaciones. Ya no es el orden social el que sostiene y fundamenta las relaciones padre hijos, sino el afecto; por esto, cuando este falla, nada sostiene las relaciones.

En los casos de maltrato es frecuente encontrar padres que en su niñez no recibieron afecto, no fueron polo de anhelos ni de cuidados especiales. Se criaron a pesar de los malos tratos y sobrevivieron con un muy bajo amor por sí mismos; una pobre idea de sí que los lleva a aceptar la primera relación que se les presente y les ofrezca algo de apoyo o protección - sin poder sospechar siquiera que no se merecen los malos tratos que continúan recibiendo. Es como si el maltrato fuera la única forma de relación que conocen, y la que suponen dominante en todas las relaciones. En su propia vida no cuentan con un modelo de relaciones basadas en la ternura y el respeto de sí y del otro. Por supuesto, tampoco tienen un modelo de padre y madre que implique la relación de cuidado de un niño, el sentimiento paternal o el sentimiento maternal. En el amor parental no tienen con quién identificarse, pero si en la agresión y la violencia parentales.

##### 5. IDEOLOGÍA ACEPTADA DE QUE EL CASTIGO FUERTE CORRIGE A LOS ADULTOS: LA CÁRCEL. IMPOSIBILIDAD DE PENSAR Y PONER EN PRÁCTICA ESTRATEGIAS RE-EDUCATIVAS.

Al estudiar la situación de los niños maltratados, y de aquellos adultos que fueron maltratados de niños, hay pleno acuerdo en que la violencia sólo engendra más violencia —bien sea contra otros o contra sí mismo—, y que la represión y la coacción no producen cambios duraderos, puesto que no se internaliza la norma. Sin embargo, estos razonamientos no se usan para pensar cómo se podrían corregir los adultos maltratantes, y frente a los cuales la posición de fondo es hacer que cambien, “por las buenas o por las malas”; y como no logran hacerlo por las buenas —es decir, siguiendo las recomendaciones y consejos de los expertos de las Comisarías de Familia y Casas de Justicia— se vuelve obligatorio el castigo, el encierro.

Esto nos indica que estamos ante una paradoja: se supone que ¡la única manera de corregir al maltratante es maltratarlo! No se piensa en absoluto

qué es lo que le pasa al que maltrata, por qué lo hace. Se busca un castigo equivalente al daño que hizo. ¿Cómo calcularlo de manera justa? ¿Es esta persona la que inició el maltrato, o hace parte de una cadena cuyos orígenes no se encuentran remontándose en las generaciones? Las causas del maltrato y la violencia ¿son las personas mismas que de niños lo vivieron como víctimas y ahora lo reeditan convirtiéndose en victimarios?

La cárcel no sirve para re-educar; reeducar significa transformar la mentalidad y la sensibilidad. La cárcel tampoco cambia el sentido de las historias vividas; ver bajo otra luz, desde una nueva perspectiva lo que se vivió. La cárcel sólo aumenta el rencor — todos lo sabemos — hacia quienes acusaron y denunciaron.

¿Significa esto que estoy proponiendo que no existan penas para quienes de manera consciente o inconsciente, voluntaria o involuntaria, hacen daño a otros, daños que lesionan de manera permanente? No. Sólo estoy señalando el contrasentido de algunas medidas penales.

Las sociedades de tipo comunitario en ocasiones tienen un manejo de estas situaciones del que podríamos aprender. Según me han contado, en la tradición de los indígenas Nasa, los castigos deben ser reparadores del daño causado y deben ir acompañados de reeducación. Así, cuando un indígena, en un acto insensato de violencia mata a otro, se le aplican 3 medidas:

— azotes públicos que se le dan colectivamente; formando una rueda, de uno en uno todos le azotan. Los azotes no son violentos, pues el castigo no es el dolor físico sino la humillación, la vergüenza: ser castigado por los pares adultos delante de todos.

— reparación del daño. Como no puede devolver a la vida al muerto, tendrá que asumir, de allí en adelante, las responsabilidades que éste tenía: deberá dedicar la mitad de su tiempo de trabajo a sostener a la viuda e hijos que quedaron desamparados.

— volverlo a educar. Se le nombra entre los mayores un guía o tutor quien se encargará durante varios años de enseñarle de nuevo a actuar de la manera exigida por su cultura; a respetar sus valores y sus creencias, a actuar de acuerdo con estos.

Estas medidas exigen un gran compromiso y dedicación de quienes asumen su cumplimiento. Es más fácil encerrar, “juntar a todos los malos en un solo lugar” y quedarnos “los buenos” afuera. ¿Será esta la solución?

Comentario a la ponencia:

He leído la ponencia y me parece que es un gran aporte para los funcionarios, quienes, enfrascados en su labor tecnicista, están alejados de reflexiones serias que les permitan trascender, o al menos desestabilizar la naturalización de sus propios referentes culturales - los cuales son aplicados como dogmas en el ejercicio profesional, de manera encubierta, bajo una pretendida racionalidad técnica.

La manera como está estructurado el texto y la finura del análisis invita gustosamente a su lectura; me parece que no se le debe suprimir ningún tópico. De igual manera, creo que tampoco debería perderse, en la exposición, la unidad del texto. Hago énfasis en el ejercicio comparativo entre la tradición y la modernidad, entre el campo y la ciudad, que muestra cómo las maneras de significar el vivir y relacionarse con la infancia están inscritas en un entramado de dinámicas económicas y culturales, cuya comprensión es ineludible para hablar y diseñar intervenciones en violencia familiar.

Hay una dimensión profundamente política en el análisis, que pone en articulación la dimensión de la vida privada de la familia, y la construcción del sujeto, con la dimensión de lo público, y la visión crítica sobre la intervención del Estado.

Este punto me parece valiosísimo para abrir la discusión sobre la eficacia de la intervención de las Instituciones, así como sobre su inmediatismo burocrático. Ésta, de manera simplista, genera una oposición binaria entre dos polos, en términos de actores buenos y actores malos, o entre ciudadanos e instancias de bien y “sujetos” transgresores de la norma.

Me parece que el texto es una buena lección de la importancia de la investigación, y de la necesidad de la reflexión teórica sobre las prácticas de los funcionarios. Es por esto que considero necesario que la síntesis para la exposición se haga conservando la presentación de todos los tópicos desarrollados.

Me fue muy enriquecedora esta lectura.

Irene Victoria Antropóloga  
Maestría en Lingüística